

CAPÍTULO XXX

LA FARSA DE LOS ROMANCES MORISCOS.—MIGUEL SE HARTA,
TIENE OTRAS COSAS EN QUÉ OCUPARSE, VUELVE AL CAMINO

Hay en la poesía española castas y géneros cuya fecundidad parece eterna, como la de algunas antiguas familias prolíficas de los priscos solares. Así es la casta ilustre del Romancero. De él sacaron primeramente Cueva y Virués, luego Cervantes, y en fin Lope, comedias innúmeras y de éstas chisporrotearon nuevos romances que durante siglos han pasado plaza de populares y para el pueblo escritos, siendo así, que en realidad se compusieron por deporte y ejercicio de la pluma en los ratos ociosos y para significar intrigas amoratorias y cortesanas en las que tomaban parte unos cuantos poetas amigos ó enemigos, quienes se alababan, se denostaban ó referían sus chismes y cuentos ó las alternativas y los lances de sus amores, tomando para ello nombres moriscos, arcádicos y aunque menos veces, sacados de la vieja tradición épica.

Poco ha tenido que trabajar la crítica en estos tiempos para descubrir nombres relacionando hechos y averiguar quiénes eran los moros fingidos y los pastores disfrazados. De ellos, los había poetas y autores dramáticos conocidísimos, como Lope, Cervantes y Góngora: de ellos, no tan conocidos, pero no menos inspirados, como Pedro de Padilla, el licenciado Pedro Liñán de Riaza, Juan Bautista de Vivar y otros muchos. El romance puramente épico se dejaba la parte de acción al pasar por las tablas del teatro, y salía más pomposo y hojarascudo, pero lírico por completo, amoroso, y descriptivo de las manos de los poetas. En

los labios de las damas y los galanes del teatro fué dulcificando su rudeza y doblegando su rigidez, trabajadas ya con el golpeteo del diálogo.

En manos de Cervantes, Lope, Góngora y Quevedo, que eran grandes poetas, había de conservar, no obstante, una energía, rapidez y vibración que perdió muy luego en la pluma de los poetas menores, como Padilla y señaladamente el príncipe de Esquilache, poeta de indudable decadencia.

Estos romances, conviene mucho advertir que nacían de una ocasión cualquiera, del más fútil pretexto: eran la moneda fraccionaria del ingenio, como hoy lo son las frases graciosas y los chistes de Ateneo, de saloncillo y de tertulia literaria; sólo hay la diferencia de que, siendo entonces el ingenio oro, para el cambio y comercio de entre horas se usaba moneda de plata por lo menos, y la de hoy es calderilla. Pero su uso era tan corriente y diario que, por ejemplo, Lope tenía que salir de la corte unos días acompañando á su amo D. Pedro Dávila, Marqués de las Navas, y antes de salir improvisaba con el pie en el estribo el romance que dice:

El lastimado Belardo,
con los celos de su ausencia
á la hermosísima Filis
humildemente se queja...

Recordaba entre sueños que su amada Elena era esposa de Cristóbal Calderón, y componía, entre dos prisas, aquella obra maestra que en los Romanceros se ha llamado *El nido de tórtolas*:

El tronco de ovas vestido
de un álamo verde y blanco
entre espadañas y juncos
bañaba el agua del Tajo...

Pintaba el famosísimo Felipe de Liaño, el retrato de Elena, por los mismos días en que andaba pintando el de D. Alvaro de Bazán, para el emperador Rodolfo II de Alemania, y al verse Lope en posesión del retrato, lanzaba, como exclamaciones de asombro y de gusto, unos cuantos romances de

El mayor Almoralfé
de los buenos de Granada,
el de más seguro alfanje
y el de más temible lanza...

en donde no hay morisco nada sino los nombres.

Era tan sabido y vulgar ser Cervantes de los poetas que por entonces forjaban romances á todo evento, que, en el proceso formado á Lope de Vega dos años después de éste de que se habla, un desconocido, Amaro Benítez, estante ó residente en esta corte, declara haber oído decir en el corral del Príncipe á D. Luis de Vargas, comentando el romance ó sátira de Lope contra los Velázquez, estas curiosas palabras: "Este romance es del estilo de cuatro ó cinco que solos lo podrán hacer: que podrá ser de Liñán y no está aquí, y *de Cervantes y no está aquí*, pues mío no es, puede ser de Vivar ó de Lope de Vega." Ved aquí un testimonio fehaciente del aprecio en que á Miguel se tenía, y de cuán cierto es que Cervantes se hallaba metido en los tratos y sociedad de los más conocidos y estimados poetas jóvenes de entonces. El estudio de los romances de esta época podrá algún día suministrarnos nuevas obras de Miguel, puesto que él mismo dice que compuso innumerables, de todo género y asunto. De ellos sólo se tienen por seguros hasta ahora el de *Los celos*:

Yace donde el sol se pone
entre dos tajadas peñas
una entrada de un abismo,
quiero decir, una cueva...

el de *El desdén*:

A tus desdenes ingrata,
tan usado está mi pecho
que dellos ya se sustenta
como el áspid del veneno...

y los dos tan sabidos de *Elicio y Galatea*.

No tiene quien esto escribe autoridad, y bien lo siente, ni pruebas irrefutables para dar por de Cervantes algunos, no pocos romances, que suyos le parecen. De todas maneras, la declaración de Amaro Benítez y las palabras de otros muchos escritores

acreditan que Miguel tomaba parte un día y otro en aquel tiro-teo, y que su nombre sonaba en Madrid junto á los de lo más florido. Habiéndose representado, como parece casi seguro, por los años de 1584 á 1585, las comedias de Miguel, ya por Pedro de Morales, ya por Jerónimo Velázquez ó por sus compañías, y logrando éxitos como el de la *Confusa*, que

pareció en los teatros admirable,

lo cual prueba que se hizo en varios y en muchas ocasiones, y como aquella otra *La bizarra Arsinda*, citada con elogio grande, no sólo por su autor, sino por otros como el fecundo Matos Fragoso, y en fin, *El trato de Argel*, cuyo excelente éxito está probado, parece un caprichoso é inverosímil concepto el de quienes aseguran haberse desengañado Cervantes del teatro, que abandonó al ver lo poco que el público estimaba sus obras y cómo crecían, en cambio, cada vez con más fama, las de Lope.

Mentira parece que se haya hecho tan poco caso de las palabras del mismo Cervantes, tan claras, sinceras y explícitas. "... se vieron — dice — en los teatros de Madrid representar *Los tratos de Argel*, que yo compuse; *La destrucción de Numancia* y *La batalla naval*, donde me atreví á reducir las comedias á tres jornadas de cinco que tenían; mostré ó, por mejor decir, fuí el primero que representase las imaginaciones y los pensamientos escondidos del alma, sacando figuras morales al teatro; con general y gustoso aplauso de los oyentes, compuse en este tiempo *hasta veinte comedias ó treinta*, que todas ellas se recitaron sin que se les ofreciese ofrenda de pepinos ni de otra cosa arrojadiza; corrieron su carrera sin silbos, gritos ni baraundas; TUVE OTRAS COSAS DE QUE OCUPARME, DEJÉ LA PLUMA Y LAS COMEDIAS y *entró* LUEGO el monstruo de la Naturaleza, el gran Lope de Vega, y alzóse con la monarquía cómica, avasalló y puso debajo de su jurisdicción á todos los farsantes..." etc., etc.

¿Es posible decir las cosas más claras? Por su mérito, por la energía y el vigor popular que en sus comedias había y por las amistades de Miguel con Velázquez y con Morales, farsantes á quienes aún no había avasallado Lope de Vega, representáronse

veinte ó treinta comedias de Miguel en los teatros de la corte, y en el breve espacio de dos ó tres años. Ciego hace falta estar para decir que Miguel fracasó en el teatro ó que abandonó la pluma porque no le daba para vivir; injusticia monstruosa es tachar de ingrata á la patria y de desconocido al público que aplaudió todas las comedias de Cervantes y concedió á *La Galatea* el más alto galardón y á sus romances la mayor popularidad.

Sin rencor alguno, como cosa natural y corriente, lo dice él: *Tuve otras cosas de qué ocuparme, dejé la pluma y las comedias.* Y pocos párrafos después añade, recalcando este concepto: "*Algunos años ha que VOLVÍ YO Á MI ANTIGUA OCIOSIDAD, y pensando que aún duraban los siglos donde corrían mis alabanzas, volví á componer algunas comedias, pero no hallé pájaros en los nidos de antaño... etc.*" ¿Se quiere más clara explicación?

Cervantes, cuando habló de sí mismo, fué siempre absolutamente sincero, como que era la suya un alma clara y sin doblez. Amargura indudable hay en el prólogo de las comedias que publicó un año antes de morir, pero no se ve arrepentimiento grave de haber dejado el teatro. Era la cosa más natural del mundo y el concepto más corriente en aquella época. Las comedias y la poesía eran fruto de la ociosidad, y cuando un hombre tenía *otras cosas de qué ocuparse*, tiraba la pluma y se iba á los negocios serios y de entidad, en donde podía ganar la vida ó hallar esperanzas de lograr comodidades futuras. ¿Cuántos escritores hay, hoy mismo, en España que, sin ser ricos por su casa, no sean otra cosa que escritores y vivan solamente de sus comedias y de sus novelas, sin tener oficio ni cargo ó empleo público, *cosas en qué ocuparse?* Si se descuenta á algunos autores de piecicillas á quienes, con toda propiedad, sería excesivo llamar escritores, no llegarán á media docena, y me corro mucho. Pues si España hoy, con tanta cultura como tenemos, no mantiene á sus poetas, ¿había de mantenerlos en tiempo de Cervantes? Algunos años después, y cuando reinaba un escritor como Felipe IV, ¿no sabemos que Velázquez, el gran pintor, cobraba un sueldo en Palacio en la nómina de los barberos y de los ayudas de cámara?

No vivía entonces el artista sólo de su arte, ni la literatura, á

pesar del gran empuje que ya comenzaba á darse al teatro, era medio de vivir para nadie. ¿Queremos conceder además que en la resolución de Cervantes al tirar la pluma y dejar las comedias influyesen también deseos manifestados por su mujer Doña Catalina que, si amaba á su marido, no podía gustar de verle envuelto en intrigas de cómicas livianas y en lances de mocitos alocados y sin seso, como Lope de Vega y sus amigos los de la sala de armas del maestro Paredes? Pues concedámoslo también, pero reconociendo que este fué un motivo secundario para la resolución de Cervantes, puesto que las nuevas *cosas* en que tuvo que ocuparse antes le alejaban de su esposa que le unían con ella.

La principal razón que hubo era la ya dicha. Ni estaba bien, ni era posible en aquel tiempo, como no lo es aún hoy, sino en excepcionales casos, que un hombre viviera decentemente y sin faltar al arte ó á su propia estima y dignidad, de la merced de los cómicos y del favor del público. Por andar en amistad y trato con Jerónimo Velázquez, ya se había ganado Miguel la antipatía de Lope. ¿Quién sabe por qué humillaciones tuvo que pasar para ver representadas sus veinte ó treinta comedias en los teatros de Madrid! Quien no haya entrado hoy mismo en uno de ellos con su drama ó su comedia bajo el brazo á someter lo que pensó y meditó quizás años enteros al juicio de un empresario, que lo es de teatros como pudiera serlo de toros ó de abastos de cerdos y vacas para el Matadero, y al dictamen de un histrión afortunado ó halagado por sus compinches, quizás no comprenderá por qué Cervantes dejó el teatro cuando vió que le salían otras cosas en que ocuparse. Que sean francos los hombres que hoy día se dedican á llevar comedias y dramas á los representantes, y si lo son, no se maravillarán de que Miguel, que no había servido para la corte, no sirviese tampoco para el trato de los cómicos.

El hombre de acción se rebeló entonces contra el hombre de pensamiento. Mucho había pensado él en su vida, pero mucho más había hecho y como sus pensares se asientan y afirman y arraigan sobre sólidos y graníticos cimientos de hechos por él vistos y palpados, por eso vale más que todos los pensadores de España juntos, cuanto vale más un árbol secular de raíces hundi-

das veinte estados en el suelo que otro más frondoso y lozano, pero sin raigambre firme. El hecho le atraía en sus treinta y ocho años, la vida le halagaba, el aire del camino le cosquilleaba el rostro y el corazón, el mundo parecía abrirse de nuevo ante sus ojos, lleno de curiosas y risueñas incitaciones. ¿Merecía la pena de seguir viviendo en aquel otro mundo ruín, pintado y fingido de las tablas, el colorete y el papel dorado? ¿No era acaso un entretenimiento casi infantil todo aquel matalotaje amanerado y falso de los Belardos y las Filis, los Zaides y las Zulemas, las Galateas y los Elicios? Sus ojos criados y educados en la anchura de la vida soldadesca, sus ojos que habían visto tantas tragedias de verdad y alimentado tantos idilios reales en los sitios que para la tragedia y para el idilio parecían creados, veían ahora claro el apresto, la inconsistencia de las ficciones en que los poetas todos de España andaban metidos. Aquel tiempo de los romances moriscos y pastoriles primeros fué un paso de peligro para la robustez y realidad de la Literatura española.

Por fortuna, lograron salvar el riesgo, primeramente el monstruo Lope, después el mismo Miguel, cuando volvió á las letras, cuando sobre los hechos acumulados en su alma se alzaron las más gallardas y fuertes torres de pensamientos que en nuestra patria han sido: la cabeza picuda y huesosa de Don Quijote y la redonda cabeza de Sancho.

Vanas son, pues, las lamentaciones usuales al llegar á este punto de la biografía de Miguel; necio, maldecir ó tachar de estériles los años en que se ocupó en otras cosas que no eran literatura; inocente, pensar que sin estas cosas hubiéramos tenido el *Quijote* ó que le habríamos gozado si esas cosas hubieran empuinado á su autor á los más altos puestos.

En tanto él volvía al tráfigo del mundo, su grande amigo Pedro de Padilla se apartaba de éste por completo y tomaba el hábito de carmelita calzado,

porque llevado del cebo
de amor, temor y consejo,
se despoja el hombre viejo
para vestirse de nuevo,

como dijo Miguel en unas quintillas adoloradas *al hábito* del nuevo fraile.

Mientras tanto, en casa de Miguel seguía padeciéndose necesidad, puesto que en Septiembre de 1585 sus hermanos Rodrigo y Magdalena se veían obligados á vender al prestamista Lomelino en 523 reales los paños de Locadelo. Por entonces, había nacido ya la hija de los amores de Miguel con Ana Franca y se le había bautizado con el nombre de Isabel de Saavedra. Por esta razón, si la supo ó la presumió, ó quizás por la mala situación en que la familia de Miguel se hallaba, doña Catalina tornó á su casa de Esquivias, con su madre y su hermano el clérigo administrador, Francisco de Palacios.

Miguel no había de llevar en Esquivias la vida holgona del casado con mujer pudiente. Estuvo allí algunos meses, quizás sólo algunos días. Pronto le salió una comisión para hacer ciertas cobranzas en Sevilla.

Volver á Sevilla es algo con que sueña todo el que allí ha estado una vez. No hay que decir el gusto con que Miguel volvía, ganoso de paladear lo que, siendo casi niño, le rozó los labios apenas. No hay tampoco manera de ponderar el placer con que tornaba á la vida sabrosa del camino, después de haber corrido por tantas y tan diversas vías, ni el buen humor y alegre talante con que volvía al hato de los arrieros y á la risueña estrechez de las posadas y mesones.

Aquellos venteros gordos y pacíficos cuyas hijas miraban medio serias, medio burlonas al estropeado hidalgo que las requerebraba gracioso: aquellas mozas del partido que iban camino de Sevilla incesantemente para pasar á las Indias pródidas donde faltaban mujeres: aquellos muchachos que machacaban el camino, con los zapatos al hombro y la media espada al cinto, cantando la vieja copla:

A la guerra me lleva
mi necesidad...

aquellos ladrones en cuadrilla que llevaban en el pecho la S y la H de los cuadrilleros de la Santa Hermandad y en el alma todas las raterías sabidas en el mundo y otras muchas nuevas: aquellos go-

losos de uñas de vaca que parecían manos de ternera ó manos de ternera que parecían uñas de vaca: y las mozas retozando y pisando el polvico á tan menudico ó pisando el polvó á tan menudó, y los frailes de San Benito caminando en mulas grandes como dromedarios y los escuderos vizcaínos y los negros pegajosos y los estudiantes capigorriones de las Universidades chicas, dándola de esgrimidores y ergotizantes y toda la inmensa é indisciplinada masa popular que al través de España se movía, sin saber de cierto por qué ni para qué, aquello sí que era la verdadera imagen del mundo. En cada hombre y en cada mujer podían hallar los ojos sagaces una novela ó un drama harto más interesantes que cuantos se escribieran hasta entonces. El mundo era el grande y el único teatro, la vida la única gran novela.

Miguel notaba cuán lejos se hallaba todo ello de la corte y de su vida engañosa y artificial, mezquina y limitada. Al cruzar la llanura manchega, los molinos de viento le saludaban con sus aspas andrajosas, le sonreían con sus puertas-bocas abiertas, le guiñaban con sorna uno de sus ojos-ventanas. A un arriero ó á un caminante le oyó cantar el antiguo son de *La niña*, con letra más apicarada y graciosa que nunca:

La niña
cuando me ve, me guiñá:
la llamó
se me viene á la manó:
la cojó
debajo del embozó
la digó
cara de sol y lunaá
vente conmigó...

y la voz ronca y hamponesca añadía, tras una pausa, la coletilla:

que no eres la primeraá
que se ha veuidó... (1).

¡Oh, vida alegre, canciones del camino, con qué ansia os sorbía Cervantes y cómo le hacíais recordar primero las negruras de su cautividad, después, los hermosos días de Italia!

(1) Véase la música al final de este libro.

La comparación no era halagüeña para nuestro país. Aquí era malo y pobre cuanto allí rico y sabroso. En estas imaginaciones, apareció á los ojos de Miguel la antigua, la buena y graciosa amiga Giralda, con su cuerpo de mujer lozana y halaguera. Y Miguel añoró su juventud que ya se había alejado.

Pasó en Sevilla pocos días, ocupado en las cobranzas que le cometieron; pero en estos pocos días conoció y trató á uno de sus mejores amigos, al mejor que tuvo en aquella ciudad. Era un cómico pobre, pero de gentil disposición y de alma generosa. Se llamaba Tomás Gutiérrez. Fué testigo y fiador de Miguel en distintas ocasiones. Fué mesonero, cuando se cansó del teatral ejercicio. Tomás Gutiérrez y Pedro de Morales, dos actores, fueron acaso y sin acaso, los hombres que más se interesaron por Miguel y á quienes más estimables favores debió.

No tardó mucho en este su segundo viaje á Sevilla: pronto cobró una cantidad importante y recibió un encargo de cierto Gómez de Carrión, así como una letra de los banqueros Diego de Alburquerque y Miguel Angel Lambias, expedida el 5 de Diciembre de 1585 y cobrada en Madrid el 19 del mismo mes. Poco tiempo estuvo Miguel en Sevilla, pero el sabor sevillano se le quedó en el paladar y él se juró á sí mismo volver pronto.